

La pastoral de la conversación

Ofrecemos dos artículos sobre la importancia del diálogo para anunciar a Cristo. Y en esto, la espiritualidad ignaciana nos muestra cómo Dios nos puede hablar.

JORGE COSTADOAT

Teólogo

El primer desafío que tiene la Iglesia hoy —y que, en realidad, ha tenido siempre— es anunciar el Evangelio como una buena noticia para la realización de las personas en todos los sentidos de su existencia. Si esta es la razón de ser de la pastoral, habrá que revisarla porque no se están dando los resultados que de ella se esperan. El cristianismo no está pasando a las nuevas generaciones. ¿Será que el Evangelio no se entiende? ¿Que no es una buena, sino una mala noticia? ¿Que las madres o padres no dan un buen ejemplo a sus hijos?

Por cierto, existen actividades o modalidades pastorales que efectivamente favorecen una asimilación del Evangelio. Este artículo pretende potenciar una de ellas: la conversación.

La conversación como acto humanizador

La conversación es un fenómeno del habla. Esta tiene de todo un poco. No por mucho hablar, las personas conversan. Hay gente que habla, pero no conversa. Hay, además, gente aburrida que atrapa a los demás y les habla hasta que le escapan. Otras, en cambio, no abren la boca. Tal vez tienen algo que decir, pero no se les ocurre hacerlo. O son acalladas por

personas locuaces que no les dan la oportunidad de hablar. O son más bien receptivas, tímidas, las cuales se sueltan solo en determinadas circunstancias.

Existe gente apática, antipática y copuchenta. A la gente apática no le apasiona nada. Allí está encerrada, sin distinguir con claridad lo que piensa de lo que siente. La gente antipática, en cambio, dice pesadeces a los interlocutores. Se las dice directa o indirectamente. Hay también personas copuchentas. Estas tiran la lengua a los demás para enterarse de lo que ocurre a terceras personas. Trafican con informaciones.

También se dan personas simpáticas y empáticas con las cuales es un agrado conversar, porque extraen de las otras personas lo mejor de cada uno(a). Simpático es alguien que presenta una buena cara a los demás. La persona simpática puede ser también chistosa. Se ríe de sí misma y, cuando se ríe de los demás, lo hace para que estos también rían y se animen a dialogar. El humor, cuando es sano, conjura el miedo natural a ser ridiculizado. Hay gente que comparte poco por miedo a que se rían de ella. Las burlas e ironías son de temer. De estas, es muy difícil defenderse. Envenenan una conversación.

También existen las personas empáticas. Estas están atentas al sentir de quienes hablan, procuran oír lo que dicen, adivinar sus mejores intenciones, ponerse en su lugar si sufren y comprenderlas. Así les pueden ayudar, si es el caso. Una palabra en el momento justo o un silencio, aunque cueste mantenerlo, puede ser la clave. Hay gente simpática sin ser empática. Se lo es cuando alguien hace bromas



Mural «En la Cena ecológica del Reino», de Máximo Cerezo Barredo.

cuando corresponde la seriedad. Y, viceversa, hay personas que sin ser especialmente simpáticas sí son empáticas. Estas saben sintonizar con los demás, se encuentran estas bien o mal. Empatizar consiste en conectarse interiormente con el *pathos* (la emocionalidad, la pasión) de los interlocutores.

Los lugares de conversación los conocemos. Estos determinan el tipo de comunicación que corresponde. En una oficina, por ejemplo, la conversación puede ser óptima si es eficiente. Pero si se trata de compartir cosas íntimas probablemente habrá lugares mejores y, en todo caso, no es allí donde se deba hablar de asuntos que nada tienen que ver con el trabajo.

Otro ámbito es el de las relaciones familiares. En estas se dan relaciones simétricas y asimétricas. Entre los esposos, son simétricas. Con los hijos(as) debe haber asimetría. Todo comienza cuando el padre o la madre habla a sus hijos, a sus

Pero lo más importante es que lleguen a conversar, a efecto de lo cual las preguntas de los niños deben ser tomadas muy en serio. Hay que atender a ellas como si fueran personas racionales capaces de responder o argumentar.

guaguas, hasta sacarles palabras de las bocas. Mientras más les hablen, mejor. Así amplían el diccionario que usarán a futuro. Pero, lo más importante, es que lleguen a conversar, a efecto de lo cual las preguntas de los niños deben ser tomadas muy en serio. Hay que atender a ellas como si fueran personas racionales capaces de responder o argumentar. La familia es el ámbito natural en que se aprenden las virtudes y los vicios de la conversión. La madre, el padre, otro pariente o apoderado tiene que enseñarles a los hijos(as)

a dar razón de lo que afirman y a hacer un esfuerzo por entender las explicaciones de sus interlocutores.

Las relaciones de amistad son otro lugar de conversación. La bencina de la conversación son el respeto y el amor. El amor puede lo imposible. La conversación entre amigos es un fin en sí mismo. Cuando los o las amigos(a) conversan, descubren que la vida consiste en compartir lo que pensamos y en compartir-nos. Una buena conversación puede durar mucho. A veces, entre una cosa y otra, puede prolongarse por un día entero.

La experiencia de Cristo que la pastoral tendría que prioritariamente inducir puede darse mejor si, por una parte, es horizontal y, por otra, opera en términos de reciprocidad.

La mesa es un lugar privilegiado para conversar. A Jesús se le acusó de «comilón y de borracho» (Lc 7, 34) por gente que no olvidaba lavarse las manos antes de sentarse a la mesa, pero que tenía la mala costumbre de juzgar a los demás. Es cierto que la urbanidad es importante. Pero esta es, sobre todo, una manera refinada de caridad. Una persona bien educada es de suyo caritativa. La mesa nos exige estar atentos al vecino. ¿Querrá agua? ¿Pan? ¿Le acerco la alcuza? Puedo hacerle una pregunta cortés. Tomarlo en serio. Hacer sentir con una palabra gentil que es un agrado tenerle cerca, que ha sido una feliz coincidencia sentarse juntos. Al comer juntas, las personas pueden comulgar unas con otras. Se trata de un símbolo antiquísimo. Está en todas las culturas. Cenar, almorzar o comer con otras personas es casi sinónimo de conversar con ellas¹.

Al compartir la mesa, hay gente que sabe poner un tema. No debiera ser normal sentarse con otros(as) simplemente para alimentarse. Si no se tiene un tema interesante, cualquier asunto puede servir para comenzar. Una vez que se parte, los demás pueden animarse a hablar y la conversación fluir hacia cualquier parte.

Es odioso, en cambio, que alguien pretenda llegar a conclusiones exhaustivas. Un determinado tema puede dar para rato. Pero habrá que tener cuidado de que nadie se sienta excluido ni sea excluido. Está bien que se toquen cuestiones que no todos entienden. Pero no que a lo largo de toda una conversación otros deban quedarse mudos.

La conversación como lugar de testimonio

Conversar, en estos términos, es en cierto sentido un modo de evangelizar. La mera conversación es un acto evangelizador porque produce que las personas sean una buena noticia unas para otras. El intercambio «entre» las personas y «de» las personas es de las cosas más gratas y hermosas de la vida. Por lo mismo, la conversación es un espacio privilegiado para hablar de Dios.

La pastoral no está en cero en esta materia. Las comunidades son un espacio para un tipo de comunicación como la descrita anteriormente. La lectura comunitaria de la Biblia ha sido una innovación pastoral que ha permitido conocer a Jesús profundamente. En una comunidad, las personas pueden sacar del alma un testimonio de vida que ilumine a las demás. El Evangelio es contagioso. Cada compartir auténtico y hondo de los textos bíblicos gatilla un contacto con Dios. A las personas una misma lectura les suscita algo distinto que, al ser compartido, también las otras personas pueden acoger a *modo suo* y, así, sucesivamente. Nada habrá más importante que descubrir que las personas de la comunidad son hijos e hijas de Dios y, en consecuencia, hermanas y hermanos. Jesús, que se supo hijo amado por Dios de un modo similar a como ama una madre, enseñó el *Padre nuestro* a sus discípulos para que formaran la comunidad que llegó a ser la Iglesia. Jesús, el hijo, es el hermano mayor de los cristianos y cristianas. En este ambiente las

personas en las comunidades dan lo mejor de sí mismas, comprenden las Escrituras y a su luz comparten lo más profundo de sus vidas.

Otro ámbito en el cual la conversación espiritual despliega su virtualidad es el de los ejercicios espirituales. Los retiros nos apartan de los demás y nos hacen callarnos para que Dios hable. Dios habla en el silencio. Por esto son tan necesarios tiempos que no estén copados por el celular, la música o el ruido. Uno habla con Dios y Dios habla con uno (aunque lo haga en *mute*). Que nos hable y hablar nosotros(as) con Él, es la conversación al más alto nivel, pues solo con Dios se pueden tocar todos los temas con ninguna discreción y sin censura. A Dios se le puede decir lo que se piensa y se siente por Él, e incluso contra Él. Así lo hacían los profetas en el Antiguo Testamento.

Pero en los mismos retiros puede darse un compartir entre los participantes. Esto es posible en un tipo de retiros y pudiera darse mucho más. En ellos existe una posibilidad única de intercambiar testimonios. El ambiente no puede ser más favorable. Los retiros son una ocasión para ser iluminados por la luz de los demás, para crecer y ser liberados por ellos. Si la confianza es alta, si la disposición es cariñosa, es fácil captar cómo Dios habla a través de las personas.

La palabra en los retiros vale oro: la de Dios y la de las demás personas que conversan sobre sus vidas. Las mejores palabras son aquellas que sirven para contar cómo Dios transforma la vida de la gente.

Conveniencia de una pastoral del testimonio

La razón de ser de la pastoral es la evangelización. Pero históricamente ha habido modos de evangelización que no han sido evangélicos y, en consecuencia, han podido dar una idea equivocada del cristianismo.

¹ En nuestro medio se ha creado una actividad llamada «el postre». Consiste en compartir simplemente un texto de la Palabra de Dios con los de la casa después de las comidas.

Una pésima versión del cristianismo es la de la Cristiandad. Desde Constantino (siglo IV) hasta incluso después del Concilio Vaticano II, el cristianismo prosperó gracias al poder político. Durante la Cristiandad se daba por supuesto que en un reino o un país todos sus habitantes debían ser cristianos. El sacramento del bautismo era el fundamental. El Concilio Vaticano II, apartándose de un sacramentalismo que eximía de la conversión, impulsó un formidable empeño de ilustración con la Palabra de Dios. Hoy los cristianos tienen el Nuevo Testamento en sus casas y saben usarlo. A los niños, en algún momento de la preparación a su primera comunión, se les regala un ejemplar.

Aun así, la evangelización está fracasando. El cristianismo no pasa a la siguiente generación. Hay madres y padres excepcionales, que dan un testimonio maravilloso a sus hijos e hijas, pero no consiguen que ellos(as) continúen en la Iglesia católica. La secularización avanza. Se da una cierta aculturación de la cultura. Esta deja de ser cristiana.

Dada esta situación, es necesario volver a los orígenes neotestamentarios. San Pablo, por ejemplo, conversaba con el *Pater familia* mien-

tras trabajaba con él. Si se convertía el padre, toda la familia pasaba a ser cristiana. Se puede ir a los numerosos casos de diálogo de Jesús. Podemos recordar a los discípulos de Emaús. Dice san Lucas que Jesús se acercó a ellos cuando volvían a su pueblo tristes por su muerte en Jerusalén. Les preguntó de «que venían con versando por la vera del camino» (Lc 24, 17). Le contaron lo ocurrido. Luego cenaron juntos, probablemente hasta muy tarde. Después de hablar con Jesús, no volvieron a ser nunca más los mismos. Apenas pudieron, partieron a dar testimonio a los demás de lo que les había sucedido. Algo parecido ocurrió tras la conversación de la mujer samaritana con Jesús. Fue ella a dar testimonio a los suyos de lo que le había pasado con él. Estos, que fueron donde Jesús, «creyeron en él, a causa de su palabra». Asimismo, le decían a la samaritana: «... no creemos por lo que tú has dicho; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es verdaderamente el Salvador del mundo» (Jn 4, 42).

La comunicación interpersonal, compartir una experiencia de Cristo, es el camino originario de la transmisión de la fe. Pero, a la vez, también es básico saber quién fue Jesús. Creer que se puede experimentar a Cristo sin tener idea del Jesús de la Iglesia —es decir, de los testimonios neotestamentarios escritos por los primeros cristianos y reinterpretados por otros cristianos los últimos dos mil años— es una ilusión óptica. En otras palabras, la catequesis, el conocimiento de la tradición de la Iglesia (la historia eclesial, las oraciones, las lecturas de las escrituras, los ritos, los sacramentos y sacramentales), deben considerarse instrumentos con los cuales encauzar una experiencia. Lo primero es la experiencia; lo segundo, transmitir esta experiencia en el lenguaje que la haga inteligible a los demás. En el diálogo persona a persona acerca de Cristo se dan estos dos momentos entrelazados. Lo principal es tener una experiencia

que cambia la vida, aunque sea ella microscópica; lo secundario, pero indispensable, es hacerla pasar a los otros(as) a modo de enseñanza. Aprendizaje personal y enseñanza comunitaria son dos caras de una misma moneda. La enseñanza es como el envase de un contenido: este contenido son experiencias de Dios que se transmiten por generaciones. La enseñanza tiene que ver con el credo (la creencia); la experiencia tiene que ver con el creyente (su fe personal). El contenido sin un recipiente que lo cuide, se pierde. Por esto, tampoco sirve que los padres y madres se conformen con decir «no importa que mis hijos no sean católicos, porque son buenas personas». Los apoderados debieran seguir haciendo de mistagogos (*mistagogía*, iniciación en la fe) y pedagogos (*paidéia*, educación). No pueden ceder en esta tarea, aunque el panorama cultural sea muy poco auspicioso.

En todo caso, la experiencia de Cristo que la pastoral tendría que inducir puede darse mejor si, por una parte, es horizontal y, por otra, opera en términos de reciprocidad. La pastoral debiera crear instancias en que personas de edades semejantes puedan dar testimonios unas a otras de lo que pasa en sus corazones cuando leen las Escrituras. Entre ellas tendría que darse la posibilidad de ser al mismo tiempo evangelizadores y evangelizados. Uno es el testimonio unidireccional, esto es, enseñar quién fue Jesús y qué es lo que la Iglesia cree de él; otra cosa, compartirlo en clave bidireccional. La pastoral debiera poder inventar nuevas modalidades de conversación. /M

La comunicación interpersonal, compartir una experiencia de Cristo, es el camino originario de la transmisión de la fe. Pero, a la vez, también es básico saber quién fue Jesús. Creer que se puede experimentar a Cristo sin tener idea del Jesús de la Iglesia es una ilusión óptica.

LA CONVERSACIÓN ESPIRITUAL DE LOS JESUITAS

La espiritualidad ignaciana radica en un diálogo de Dios con los seres humanos: en su virtud, este motiva conversaciones entre personas. Los compañeros de Jesús, desde Ignacio hasta los jesuitas de hoy, han debido saber conversar de Dios con los demás y advertir cómo Dios mismo les está hablando.

La conversación espiritual «es un apostolado de capital importancia como ministerio apostólico de la Compañía de Jesús y ocupa dentro de él un puesto de relevancia», opina Darío Restrepo¹. La espiritualidad ignaciana radica en un diálogo de Dios con los seres humanos que, en su virtud, motiva conversaciones entre personas. Los compañeros de Jesús, desde Ignacio hasta los jesuitas de hoy, han debido saber conversar de Dios con los demás y en estos, a vez, advertir cómo Dios mismo les está hablando.

Es probable que por familia Ignacio no haya sido locuaz, pero en su camino de conversión comenzó a hablar de Dios y no terminó de hacerlo hasta el final de su vida. Durante su estadía con sus familiares, tras la herida de Pamplona, él mismo cuenta en su Autobiografía: «El tiempo que con los de casa conversaba, todo lo gastaba en las cosas

de Dios, con lo cual hacía provecho en sus ánimas» (Au 11).

Ignacio tomó muchos años afinando la redacción del libro de los Ejercicios Espirituales. Esto fue posible gracias a las conversaciones que él mismo fue teniendo con los ejercitantes. En los inicios, en los tiempos de Montserrat y Manresa, hubo gente que buscaba a Ignacio para hablar con él. Después fue él que anduvo en busca de personas para tener conversaciones espirituales.

La Compañía de Jesús, bien puede decirse, surgió de conversaciones entre amigos. Los primeros compañeros fueron estudiantes universitarios que en el Colegio de Santa Bárbara compartían una misma habitación. Siguieron juntos. A ellos se añadieron otros. Y, tras un discernimiento comunitario (la *Deliberación*), decidieron acudir a Paulo III para que los enviara donde él quisiera. En virtud de este vínculo entre los «amigos en el Señor» podrían conservar la unidad, aunque fuera a distancia. Ellos entendieron que «según nuestra vocación, conver-

samos con todos los prójimos...» (...). Estimaron que la conversación era esencial a la misión apostólica de la Compañía. De ella, dice Ignacio, «no nos podamos excusar» (Epp I, 336).

Los Ejercicios Espirituales

La fuente originaria de la conversación ignaciana son los Ejercicios Espirituales. La Anotación 15 manda a quien da los ejercicios una instrucción clave: «...en los Ejercicios Espirituales, más conveniente y mucho mejor es, buscando la divina voluntad, que el mismo Creador y *Señor se comunique* a la Su ánima devota, abrazándola en Su amor y alabanza y disponiéndola por la vía que mejor podrá servirle adelante. De manera que el que los da no se decante ni se incline a la una parte ni a la otra; mas estando en medio, como un peso, deje *inmediate* obrar al Criador con la criatura y a la criatura con Su Criador y Señor». El que da los ejercicios debe favorecer este encuentro. Por tanto, no puede estorbar. Ha de hablar lo menos

La conversación ignaciana, ¿es bidireccional o unidireccional? En el trato apostólico de los jesuitas, pueden darse diálogos de distinta naturaleza.

posible, pues de lo contrario se corre el riesgo de ocupar él el lugar que no le corresponde y hacer pensar a los ejercitantes que es voluntad de Dios lo que no son sino ocurrencias suyas. Su tarea es facilitar la comunicación de Dios con la persona que hace los ejercicios.

En los mismos ejercicios, en diversos momentos, la conversación es muy importante. Ignacio pide a quien hace los ejercicios poner atención al compartir que se da entre las personas divinas; y, en los coloquios, le recomienda que hable con Dios como «un amigo habla con su amigo (...) comunicando sus cosas y queriendo consejo en ellas».

Este modo dialogante de experiencia espiritual ignaciana, la Compañía de Jesús lo transformó en un instrumento apostólico. El jesuita debe conversar sobre Dios con los demás, a efecto de lo cual se necesita saber hablar, escuchar e intercambiar de igual a igual con cualquier persona y de cualquier tema. En la Fórmula del Instituto aprobada por Julio III se dice que la Compañía está fundada para «el ministerio de la palabra». En las Constituciones se afirma que los jesuitas «deben ser instruidos del modo que debe tener una persona de la Compañía, que, por tan variadas partes, conversa con tanta diversidad de personas, pre-

viniendo los inconvenientes que pueden intervenir y las ventajas que para mayor divino servicio pueden tomarse, usando unos medios y otros. Y aunque esto solo la unción del Espíritu puede enseñarlo y la prudencia (...), a lo menos puédesse abrir el camino con algunos avisos que ayuden y dispongan (...)» (MCo II, 191.192).

Son famosas las recomendaciones de Ignacio a los misioneros en Irlanda y a Fabro, Salmerón y Laínez, enviados al Concilio de Trento. A los primeros les dice, por ejemplo, «con todos hablar poco y no al principio; oír largo y de buen grado hasta que hayan acabado de hablar; terminar rápida y cortésmente»². A los de Trento les insta a «oír mucho examinando bien al interlocutor para ver si es mejor hablar o callar»³. Asimismo, les alienta conversaciones espirituales de pasillos antes que afanarse demasiado en definiciones dogmáticas.

Los estudios aquí consultados, sin embargo, dejan planteada una preocupación acerca de la conversación ignaciana. ¿Es bidireccional o unidireccional? En el trato apostólico de los jesuitas pueden darse diálogos de distinta naturaleza. Si los jesuitas van a Trento u otros lugares parecidos, podrán invocar o elucidar reglas como las de Ignacio. Si dan los ejercicios o se

desempeñan como acompañantes o directores espirituales, han de tratar de ayudar al bien espiritual de las personas con sumo interés y desinteresadamente. Pero ¿no debiera exigirse a los jesuitas una bilateralidad, ir a evangelizar a los otros, abiertos a ser evangelizados por ellos? Por cierto, las personas que dan los ejercicios —laicos/as o jesuitas— muchas veces son tocadas por los testimonios que escuchan. Pero esta reciprocidad no parece suficientemente estimulada en la espiritualidad ignaciana.

Esta es la preocupación que deja la lectura de un artículo importante de Germán Arana. Arana celebra: «El conversador ignaciano es un hombre apasionado por el bien del otro, por ayudarlo en la perspectiva de su fin último, de comprometerse denodadamente en su crecimiento y en todo lo que conduce para ello. Esta pasión de ayuda verdadera y universalmente dispensada en el contacto personal permite entender la estrategia conversacional ignaciana»⁴. Tal vez sea equivocado el modo de entender este autor en qué consiste la conversación ignaciana. Otros estudios tendrían que excavar en los escritos de la Compañía una vez más. Pero, si tiene razón, la espiritualidad ignaciana tendría que sacar más partido a intuiciones de Ignacio, como aquella de la cuarta semana de los EE.EE., donde se nos dice que el amor consiste en «dar y recibir». /M

1 Cf. Darío Restrepo, S.J., «Conversación», en García de Castro Valdés, & Cebollada Silvestre, P. (2007). *Diccionario de espiritualidad ignaciana*. Ediciones Mensajero. 472-481. Cf. Michel de Certeau, «L'universalisme ignatien: mystique et mission», *Christus* 50, 13 (1966), 173-182.

2 *Ibidem*, 478.

3 *Ibidem*, 479.

4 Germán Arana, «La conversación espiritual. Instrumento apostólico privilegiado de la Compañía», *Revista de espiritualidad ignaciana*, xxxvi 108, 1 (2005), 32. 22.